

NOVÍSIMO CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA CONSIDERADA COMO ENTIDAD SUSTANTIVA Y NO SOLO COMO RELATO.

CARLOS SANZ

I

El autor de la Historia Universal tradicional, o sea, la que todos conocemos, parte del principio unitario de la Creación o existencia del Universo. Todo cuanto en su ámbito ocurrió le interesa recoger en sus anales, siempre que lo acontecido se halle suficientemente documentado o demostrado. La cronología le servirá de pauta donde inscriba ordenadamente los acontecimientos, sin consideración obligada al nexo o relación que pueda haber entre ellos. O dicho en otros términos, no se reconocen los hechos sometidos a la realidad existente de un proceso. Lo que mas interesa al autor de la Historia Universal, y no olvidemos que esta clase de obras lo tienen, es situarse a una altura informativa desde la que pueda divisar lo que ha ocurrido en la inmensidad territorial de su observación en el transcurso del tiempo, sin importarle demasiado la dependencia que pueda existir entre unos y otros acontecimientos.

Digamos, por ejemplo, que lo que aconteció en la India, en China o en el Japón en tal o cual siglo, cuando esos grandes países aun nos eran desconocidos, han de contar en la Historia Universal exactamente igual que lo que sucedió en cualquier lugar de Europa por aquella misma época. La simultaneidad de los acontecimientos no implica para el autor de la Historia Universal tradicional, la sucesión obligada entre ellos, y su valor histórico interesará como tales hechos absolutamente independientes, con la sola relación de haberse producido en un mismo tiempo.

Podemos, pues, considerar la Historia Universal convencional, desde nuestra posición de hombres del último tercio del siglo XX,

como el *Relato del gran espectáculo*, que nos ofrece el desarrollo cultural del género humano en cualquier época y en no importa que lugar de la Tierra.

Deslumbrante y aun desgarradora estampa la que nos brinda la lectura y las ilustraciones documentales de esas grandes colecciones de libros, que con el título de Historia Universal todos conocemos.

Sin duda alguna, la Historia es la obra mas fecunda y excelsa que han realizado los hombres, que con la ayuda de las artes de escribir y de medir el tiempo lograron levantar en la oquedad de la nada, que es el pasado, el *Monumento* que inscribe cuanto de alguna importancia y trascendencia acaeció al paso de los hombres por el torbellino de la vida.

Si no fuera por la inclinación que tenemos de considerar cosa corriente y natural cuanto nos es habitualmente conocido, habríamos de asombrarnos al reconocer, que el vacío inmenso de mas de cuarenta siglos ha sido colmado por el saber y la previsión de los historiadores, al legarnos la composición literaria y documental que reproduce una etapa de la vida retrospectiva, que sin el concurso del prolongado esfuerzo de su meritísima labor hubiera quedado sumida en el abismo de las mas densas tinieblas.

Si supiéramos cantar la alabanzas de esta proeza, que ha consistido en mantener vigente lo que ya sucumbió en el arcano del tiempo, tendríamos que recordar la Omnipotencia del Unico que puede resucitar los muertos, y entonaríamos el himno de gloria que merecen los seres privilegiados que fueron los historiadores que nos precedieron.

La Historia, “Maestra de la Vida”, como diría el clásico, ha sido y será paradigma de la virtud creadora, que si se proyecta hacia un ayer próximo o lejano, tambien reverbera sus luces sobre el instante que vivimos, y nos orienta en la noche oscura que todavia es el inmediato e incierto mañana.

La Historia no es en modo alguno ceniza del pasado, ni la tumba donde yace el recuerdo de los que ya fenecieron, sino asiento que acoge la memoria y las acciones de cuantos participaron en la siembra y en el cultivo, y han de ser recompensados con los frutos de la recolección ganada.

La Historia ha de superar el eclipse que actualmente la ensombrece, y recuperar su pretigio con el haber fecundo de la totalidad de los seres creados, porque todos, absolutamente *todos, sobrevivimos en ella*, y con ella participamos de algún modo en la aspiración de alcan-

zar los límites de una perfección que sabemos posible, y que sentimos como infusa en nuestra propia naturaleza.

*

Después de haber rendido el obligado homenaje a la Historia Universal por lo mucho que todos le debemos, pasamos a la segunda parte de este trabajo, que nosotros consideramos el mas constructivo, y al que impondremos el subtítulo de "*La Historia considerada como ciencia instrumental*". Subtítulo que tal vez parezca inapropiado, poco edificante e incluso intrascendente, a lo que tendríamos que replicar, que no siempre la expresiones aparentemente inócuas, o de índole mecanicista carecen de impulsos creadores para abordar y aun resolver los mas árduos y difíciles problemas.

Al someter la Historia a la condición de instrumento, lo que hacemos es exaltar al mas auténtico de sus protagonistas, que es el *libro*, con lo que entendemos no mermar en nada la primacía del hombre como soberano indiscutible de todo lo creado, pero que ha necesidad de la justicia y de la verdad para mantener incólume la excelsitud de su reino.

Dijimos, que la Historia Universal tradicional era el "relato del Gran Espectáculo que nos ofrece el desarrollo cultural del género humano, en cualquier época, y en no importa que lugar de la Tierra". Centelleante estampa, añadíamos entonces, pero ahora, en los comienzos del año 1974 d. de J. C., nos preguntamos si tal relato, por sensacional que nos parezca, podríamos considerarlo efectivamente justo, verdadero y exacto.

La respuesta ha de ser necesariamente negativa. Porque si de lo pintado a lo vivo media una gran distancia, del dicho al hecho no deja de haber tambien una notable diferencia.

La causa de que la Historia Universal tradicional no pueda ser justa ni verdadera radica principalmente en la incapacidad del autor para conocer suficientemente el caudal de información retrospectiva disponible y existente. Y ni siquiera podría afirmarse que se tenga un conocimiento exhaustivo y completo de tal acervo documental y bibliográfico, pues continuamente se descubren nuevos libros, mapas y documentos, que dan un curso insospechado a los hechos.

Pero acaso la mayor dificultad que hallará el autor para transmitir en su obra la verdad histórica limpia de espejismos, deformaciones, mutilaciones y defectos, sea la imposibilidad practica de sustraerse al punto de vista personal que le es inexorablemente propio. El punto de vista del historiador es uno de los grandes descubrimientos de nues-

tro tiempo, dice un famosísimo historiador moderno. Y Ortega y Gasset, dirigiéndose al auditorio en una de sus conferencias, decía a este propósito: “Vds. y yo formamos una unidad: los concurrentes al acto. Sin embargo, desde el lugar que ocupo en el estrado, lo que yo veo es completamente distinto de lo que Vds. pueden ver sentados frente a mí”. Lo que es rigurosamente cierto, pues cada uno ve, según el lugar que ocupa en el escenario de la vida, y por consiguiente, el sectarismo o parcialidad, incluso involuntaria, será inevitable al historiador a la hora de redactar su obra.

Por estos vicios radicales señalados, y por otros que omitimos, o que simplemente desconozcamos, la Historia Universal convencional no nos sirve en la actualidad, cuando todo se pondera y se mide con precisión casi milimétrica, para dar testimonio fidedigno del cómo y del porqué de lo que fue en el pasado: obligada pauta orientadora para establecer justificaciones y entendimientos entre los pueblos que forman la colectividad humana. De lo que se deduce la imperativa necesidad que tiene la Historia, como cualquier otro ser vivo, de renovarse, si no queremos reducirla al espectacular relato que antes hemos considerado.

*

Como introducción a la nueva teoría de la Historia que vamos a exponer, fijaremos unos principios que consideramos fundamentales para el desarrollo general del problema.

En primer lugar, digamos que la Historia no es esa sustancia o fuerza subjetiva que ejerce sobre nosotros movimientos, impulsos, presiones y tendencias en razón del supuesto conocimiento que tenemos del pasado, pues eso sería confundir las consecuencias con las causas que las provocan, sino que la Historia es:

“La MANIFESTACION literaria de la REALIDAD, materializada por medio de la escritura o signos convencionales inteligibles, en LIBROS, MAPAS Y DOCUMENTOS”.

“Libros, mapas y documentos que no son independientes, automáticamente considerados, sino que, en general, los unos se derivan de los otros, y se enlazan entre sí por razón de causa a efecto, dando lugar a la formación gradual e incesante de un conjunto, al que nosotros llamaremos *CORPUS*”.

“*CORPUS*, que es el resultado final de un proceso, que se genera al aparecer los libros, y alcanza su pleno desarrollo y plenitud cuando éstos se erigen en máxima autoridad como medios informativos, y se convierten en virtud de su propia fuerza con-

vincente, en AGENTES directos o indirectos de los mismos acontecimientos”.

“Las postrimería que actualmente vive la HISTORIA, o quizá sería mejor decir su término, se produce precisamente porque los libros, los mapas y los documentos han cedido su influencia de antaño a los nuevos medios de información radioeléctricos y televisivos, que suplen y superan sin comparación posible a la inflexibilidad y lentitud de propagación que es propia de la letra impresa.

“Los nuevos tiempos, y mas aun los días próximos e inmediatos exigirán el conocimiento en forma de ACTUALIDAD de todo lo existente (pasado, presente y futuro previsible). La ACTUALIDAD será el eje de la vida posthistórica, y en esa coyuntura la Historia tiene aún que jugar un gran papel, por lo que precisa que nosotros hallemos su verdadero SER, de modo que sea tan universalmente convincente, como lo son, por ejemplo, las líneas que dan forma a los varios continentes que componen la superficie terráquea.

“Con el SER de la Historia hallaremos por añadidura su sentido o finalidad mas evidente o inmediata, que ha sido la reunificación e integración del género humano en UNIDAD trascendente, que al hallar en si misma valores propios y aparentemente inconmensurables, se apresta, movida por una fe sin límite en su Creador, a emprender la inmensa tarea de poner a prueba la medida de su propia grandeza, con la conquista de los espacios siderales, que en último término no harán mas que prolongar los resultados inefables del hecho histórico de la Encarnación del Hijo de Dios, y luego el otro gran escándalo que fue el alumbramiento de un Nuevo Mundo, acontecimientos únicos e incomparables, que han generado el PROCESO HISTORICO, que nosotros nos proponemos brevísimamente estudiar”. Y no con el *exclusivo propósito de hacer de la Historia mansión* donde convivir y prosperar con los que ya se fueron, sino para reconocer que como entidad activa ha perdido la Historia su radical influencia primitiva, pero que en lo sucesivo servirá, entre otras muchas cosas imprevisibles, para sujetarnos a la fe de un destino superior, al que nos es lícito aspirar, siempre que no perdamos contacto con la realidad viva de una Voluntad suprema.

La Historia concebida como un *Corpus Bibliografico* y *Cartografico* podría considerarse como una ciencia instrumental al servicio de la gran empresa que es el acontecer humano, orientado éste a un fin preconcebido y sobrenatural.

En verdad podría afirmarse que la Historia está contenida en los instrumentos que son los libros, y si contásemos con una relación de todos los manuscritos e impresos que se han publicado en el transcurso del tiempo, cronológicamente dispuestos, y convenientemente catalogados, vertebrándolos según las diversas materias del saber humano, tendríamos ante nosotros la Historia, toda la Historia y nada mas que la Historia.

Conviene afirmar e insistir, por tanto, que no vale confundir la Historia con lo que llamamos realidad, en la que todos vivimos inmersos; realidad que incluye nuestro propio conocimiento de la Historia, al que comunmente llamamos conciencia histórica.

La Historia puede, y aun debe convenir con la realidad. Su ser lo toma de élla, a la que al mismo tiempo sirve, y aun diríamos que en ocasiones la determina. Pero aun en este caso, no sería lícito confundir la realidad con la Historia.

La realidad en si misma es intemporal, y se engendra con el principio existencial de lo creado. La Historia, por el contrario, es solo una etapa de la vida, sobre la que se asienta como en una base preestablecida y ya perfeccionada con los medios técnicos que le son indispensables para manifestarse, tal la medición del tiempo, de lo que depende la cronología, y la escritura, que presuponen las ciencias del cálculo y del lenguaje.

La Historia ha de considerarse, pues, como una creación de orden intelectual, y aunque estudiada fragmentariamente esté supeditada al tema de que trata, o al sujeto con el que directamente se relaciona, en su conjunto *La Historia es una Entidad Sustantiva*, y tiene finalidad propia, independiente de los mismos acontecimientos, cuando se erige en *Corpus Bibliografico*, al modo de una empresa, *Virtualmente Anonima*, en la que cooperan con la voluntad de Dios, los hombres y principalmente las letras.

La función del *Libro* (mapa o documento) cuando se le considera como elemento histórico, no se limita a ser exponente de una realidad retrospectiva, sino que principalmente actúa en el *Corpus* como *Agente*, o factor genético de los acontecimientos, en cuyo desarrollo influye positiva y aun decisivamente.

Reconocer al libro y al mapa su condición de *Agentes* de la Historia viene a ser algo fundamental y trascendente. Un tanto similar a

la función de los microbios o bacterias, que tanto esfuerzo costó a Pasteur convencer a sus contemporáneos, que eran causa eficiente de los cambios patológicos que alteran nuestra salud, y de lo mucho que influyen en el buen funcionamiento de nuestro organismo.

El día que llegemos a convencernos de estas verdades positivas y sin contradicción posible, habremos realizado uno de los mas fecundos descubrimientos, comparable incluso al que se efectuó el *Doce de octubre de 1492*. Porque a partir de estos principios nos veremos impulsados a proseguir la exploración en profundidad del contenido de este nuevo sistema de concebir la Historia. Y desde ahora nos convencemos que los resultados serán inconmensurables, porque habremos conquistado algo tan inegable como es la *Verdad*, que entre todos los bienes es la mas considerable realidad de nuestra vida.

*

Mal que nos pese, no dejamos de comprender que tan rotundas afirmaciones chocarán en la mente de quienes no pueden entender que la *Maestra de la Vida* se vea reducida a la mera especie objetiva de libros, mapas y documentos. Y aducirán una razón de peso muy considerable, y es que desde siempre se han reconocido los elementos bibliográficos y cartográficos como partes componentes del Aparato General de la Historia, sin necesidad de confundir la utilidad del instrumento representativo con la esencia misma de los acontecimientos.

Pero lo que nosotros postulamos no es solo la catalogación de los libros, bien descritos y clasificados, que esa sería tarea propia de la bibliografía. Tampoco nos referimos al testimonio literario que de los acontecimientos, sus causas y consecuencias dan los libros en su parte expositiva, de lo que principalmente se ocupa la historiografía.

Lo que nosotros afirmamos es, que el *Corpus Bibliografico* materializaría por si mismo la Historia, porque además de contribuir al conocimiento del libro, y a su condición de testimonio histórico (funciones de la bibliografía y de la historiografía respectivamente), el *Corpus* nos revelaría una de las facetas del libro poco o nada conocida, a la que ya hemos aludido, y es su condición de receptáculo de valores temáticos precedentes, que al asumirlos como materia propia, los modifica, desarrolla y perfecciona para a la vez transmitir-los al cauce bibliográfico siguiente.

Doble función, que convenientemente ponderada en sus causas y sus efectos nos pueden dar a conocer uno de los mas insospechados *Enigmas* de la Historia, que es la parte (*Inconcebida por sus Autores*), que como agentes principales tuvieron algunos libros y mapas en el curso de muy trascendentales acontecimientos.

El problema de la confección del *Corpus Bibliografico; Cartografico y Documental* debería ser resuelto por los Organismos mas representativos de caracter internacional, puesto que a todas las naciones afecta el resultado de esta cultural empresa, cuyos beneficios de toda índole, y especialmente para la investigación, desborda cualquier estimación que pudieramos improvisar. Cálculase lo que supondría para la investigación literaria y científica el contar con una fuente de información bibliográfica, que practicamente debería considerarse completa, ya que cualquier adición o modificación de datos se recogería inmediatamente después de comprobada y verificada su exactitud y su existencia.

Por lo dicho se deduce, que el referido *Corpus Bibliografico* no podría consistir en volúmenes, cuya información queda virtualmente incompleta en cuanto se imprimen y encuadernan, por no poderse agregar las adiciones que en lo sucesivo se obtuvieran.

Para tranquilidad de los que crean que la formación del *Corpus Bibliografico* ofrecería dificultades insuperables, anticiparemos que virtualmente ya se hallan compuestos casi todos los repertorios que describen y comentan las numerosas obras que componen las múltiples ramas de los conocimientos humanos, y solo falta refundirlos y adaptarlos según la función desempeñada por cada libro como tal miembro del *Corpus* en su mecanismo interno.

Los problemas tecnicos que plantearía la composición del *Corpus Bibliografico*, y la puesta en practica de su funcionamiento, no es ocasión de discutirlos ahora, aunque si podemos adelantar que están practicamente resueltos, gracias principalmente a la labor de registro y clasificación por orden cronológico, alfabético, topográfico y de materias, que durante siglos de paciente y minuciosa búsqueda realizaron esos hombres voluntariosos y sacrificados, que son los bibliógrafos — pedestales de muy reputadas famas, — que dedicaron sus afanes y sus esfuerzos a la casi anodina tarea de dejar expedito el camino a las generaciones presentes, para que puedan levantar el merecidísimo *Monumento a las Letras*, que tanto contribuyeron a ensalzar al hombre desde la caverna prehistórica a su actual grandeza.

Monumento Literario, que tal seria tambien el *Corpus Bibliografico*, en el que habian de figurar como piedras fundamentales de la gran pirámide bibliográfica, en primer lugar el nombre sacrosanto del Autor de las Tablas de la Ley, y de los demás libros Sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento, y después, el de todos cuantos dejaron algo escrito y publicado. Este sería el homenaje de la Humanidad a quienes contribuyeron a darle vida, fe y camino hacia el *Plus*

Ultra, o Mundo superior y verdadero, que es la esperanza que justifica y da sentido a todos los humanos acontecimientos.

* *

*

II

La teoría que hemos expuesto en sus líneas mas simples, requiere que inmediatamente dediquemos algún espacio a demostrar su conveniente y aun necesaria realización, con un relato esquemático de la misma Historia Universal, pero esta vez deducida de los libros, mapas y documentos, según el orden y función que los integra en el *Corpus Bibliografico*.

Al efecto, conviene adelantar, que si bien los libros y mapas, manuscritos e impresos, publicados desde el comienzo de la Historia hasta los años cuarenta de esta centuria, cuando los medios de información fotomecánicos, radioelectricos y televisivos lo deponen de su alta posición influyente como agente de la Historia, si bién se calculan en millones de título y ediciones, no es imposible, sin embargo, y ni siquiera difícil, señalar las cotas principales de los mas trascendentes en esa trayectoria cuatro veces milenaria, como seguidamente intentaremos demostrar, valiéndonos de ejemplos que confiamos sean convincentes.

La aparición del libro no supone aún o necesariamente el comienzo de la Historia, pero si el antecedente inmediato sobre el que no tardaría en recaer el *grano de mostaza* que habia de prender como semilla buena, y crecería hasta cubrir con su ramaje todo el área de la Tierra.

Aunque las raices de la Historia pueden adelantarse en el tiempo, su verdadero comienzo está bien determinado por la Biblia. Quizás podría demostrarse que le anteceden algunas obras anteriores y de la literatura clásica, aunque para el caso es lo mismo, pues lo que se trata es poner de relieve que las Sagradas Escrituras, desde que aparecen sus primeros libros hasta nuestros propios días, mantienen un continuo e incesante predominio literario en todas las edades, y en casi todos los pueblos, pues según las estadísticas recientes, la Biblia es la obra que, en la industria editorial alcanza mayor número de traducciones, y la tiradas de ejemplares se cuenta por decenas de millones.

La Biblia es, pues, la obra que mas ha influido en la literatura universal posterior a su publicación primera, y sobradamente nos demuestra, que el libro no es solo exponente de lo que ocurrió, sino y

principalmente *Agente* de lo que va a suceder, pues sin escrúpulo de ninguna clase, podemos admitir, que los cuatro mil años de Historia vivida llevan la impronta de sus enseñanzas y de los mandatos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Valdría la pena detenernos unos instantes para percibir bien el profundo significado de lo que dejamos expuesto, y si proseguimos la revista panorámica de los principales libros que formarían el *Corpus Bibliografico*, y publicados desde el año 1491 a. de J. C., cuando según Bossuet fueron escritos los primeros capítulos del Génesis (la crítica moderna no acepta esta fecha, aunque sí como aproximada) hasta las primeras décadas de nuestro siglo, registradas las obras por el orden riguroso de su aparición, y clasificadas por la estimación de su influencia en la bibliografía posterior, descubriríamos sorprendidos, cómo entre los dos o tres millones de publicaciones probablemente contenidas, no existen apenas libros independientes, temáticamente considerados, y advertiríamos también, que son pocos los que ofrecen méritos suficientes para ser considerados básicos o constituyentes del complejo bibliográfico establecido.

Solo la Biblia — cuatro mil años de existencia, y permanentemente en el primer pleno de los problemas humanos —! Que torrente de luz, emana de este incomparable hecho!, y algunas obras de la vertiente pagana de la Historia de autores griegos y romanos, como asimismo el Koran determinaron los acontecimientos religiosos, políticos, filosóficos y literarios que informaron las edades Antigua y Media. En el extenso período que corre de 1491 aproximadamente antes de J. C., al año 1492 después del advenimiento del Redentor, todo cuanto de particular sucede tiene relación directa con estas obras fundamentales, que dan origen a la formación de la Cristiandad y del Islamismo, que son las grandes comunidades que ocupaban con los pueblos bárbaros y gentiles la superficie, entonces conocida, de la Tierra.

Pero acaso se pregunten los lectores, ¿que hacemos de las otras civilizaciones, que actualmente sabemos que existían desde tiempos tan antiguos o mas remotos que los nuestros? Y nos referimos principalmente a los grandes pueblos del Extremo Oriente: la India, la China y el Japón, etc. etc. .

La respuesta es obvia. Entonces (1492 de nuestra Era) nosotros ignorábamos practicamente que tales pueblos, e incluso que tales regiones de la Tierra existieran, si exceptuamos las noticias del famoso libro de Marco Polo, y los de algunos otros viajeros medievales, que alcanzaron poca difusión popular, aunque justo es reconocer que contribuyeron a promocionar las exploraciones portuguesas.

En efecto, los grandes imperios de Asia no contaban aún en el proceso que estudiamos, pues si radicamente nos desconocíamos los unos a los otros, mal podíamos en tal situación historiarlos. Pero no tardarían en aparecer en el excenario de la Historia, cuando súbitamente, y sin concesión posible a los evolucionistas, se produjo la incalculable revolución geográfica que supuso el alumbramiento de uno de los *Hemisferios* de la Tierra, que tuvo por consecuencia reducir a la Unidad todo cuanto en élla vive y alienta.

*

Antes de proseguir, y como antecedente previo, hemos de referirnos al hecho insólito que representa la actuación resolutive de un instrumento tecnico, que pareciera haberse inventado para iniciar y desarrollar la etapa que comienza con la era de los grandes descubrimientos. Nos referimos a la *Imprenta*.

Nosotros, que definimos la Historia como manifestación literaria de la realidad, materializada en los libros; y libros que son a la vez exponentes y agentes de los sucesos, nos creemos obligados a reafirmar la trasental colaboración de la *Imprenta* en la insólita coyuntura que van a presentar los siguientes acontecimientos.

*

El doce de octubre de 1492, las naves españolas descubren las primeras tierras en el hemisferio occidental, y antes de mediar el año 1493 resuena en las cortes de Europa el estruendo de una noticia maravillosa. Un tal Cristóbal Colón dice en su famosísima Carta, que en treinta y tres días de navegación, siempre con rumbo a Poniente, arribaron a las Indias, donde hallaron muy muchas islas pobladas con gente sin número, y de todas éllas tomó posesión en nombre de sus Altezas los Reyes de España. En su Epístola, repetidamente editada en varias lenguas dentro del mismo año 1493, añade el Almirante, que además de a la India (del Ganges) llegaron también a la Provincia de Catayo (China), y a Cipango (Japón). No sabía, ni supo nunca que había descubierto América. Que había alcanzado una victoria inconmensurable, porque la expansión territorial en la posición clave del inmenso continente nuevo, que como inmenso bastión emerge entre los dos océanos y cubre uno de los hemisferios de la Tierra, ha sido la base de nuestro planeta, desde donde el impulso de evangelización iniciado en los tiempos apostólicos, continua sin cesar envolviendo a todos los hombres en la tupida red de una Historia común y verdadera.

Jamás debiéramos olvidar, que en el simple papel que representa y contiene la Carta de Colón: en total cuatro páginas mal compuestas

y peor impresas, y sobre el que pesa la carga de un gravísimo pecado original, se comprendía entonces, y durante una larga década, todo cuanto se sabía y era para la gente europea el nuevo mundo, que actualmente personifica la prepotente América. Aunque el texto del famoso documento colombino es conocidísimo, nos parece oportuno reproducir, los párrafos finales que dicen:

“Así que pues nuestro Redentor dió esta victoria a nuestros Ilustrisimos Rey e Reina e a sus reinos famosísimos de tan alta cosa, adomde toda la Cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas, y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, en tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales, que no solamente España, mas todos los cristianos ter nán aquí refrigerio y ganancias”.

Nos preguntamos, si alguna vez se pronunció o escribió una oración de acción de gracias tan rendida, solemne y profética como ésta, en la que con el pié recién puesto en el Nuevo Mundo, ya se marca el rumbo cristianísimo que España, con sus gentes y misioneros, había de dar en los siglos venideros a este portentoso descubrimiento. En reciente ocasión hemos escrito, que bastaría haber logrado para Occidente el imponente bastión que cierra el paso a cualquier aventura asiática, que tal representa una América cristianizada, para justificar la fecunda intervención de España en el proceso general de la Historia. Y ahora añadimos, incluso a sabiendas de ir contra corriente, que no solo Occidente ha sido la parte beneficiada con la cristianización de América, sino tambien los habitantes todos del planeta, porque con su incorporación a la Historia fueron redimidos de la esteril dispersión, y elevados a la legítima aspiración a sobrevivir que tiene toda la raza humana, que se opone intuitivamente a eso, que por decirlo de algún modo, solemos llamar: *La Nada*.

*

La Historia, después de la aparición de la *Carta de Colon* se universaliza, y es misión de los cristianos alcanzar los objetivos geográficos mundiales, que la tornen una misma cosa con el destino de los hombres. Pero antes de iniciarse la carrera hacia el gran fin, que era la exploración y la integración del mundo en la Unidad, aparecen las ensombrecedoras tinieblas de una gran pecado. Del pecado original, que tampoco había de faltar en esta colosal empresa.

Colón, al adelantar publicamente, con miras a la defensa de sus personales intereses, la noticia del Descubrimiento, con las escalas

aparentemente forzadas en las islas Azores, y en el puerto de Lisboa, y sobre todo, con la divulgación de su famosísima Carta en las Cortes europeas, provocó, sin sospechar las consecuencias, la confusión, y con élla la precipitación que representa la promulgación de las Bulas Pontificias de Concesión y Partición, fechadas respectivamente los días 3 y 4 de mayo de 1493. De este grave problema, estudiado documentalmente en la obra “El Gran Secreto de la Carta de Colón”, solo nos interesa destacar ahora, que los Reyes cristianísimos de Centro-Europa, no podían resignarse a quedar excluidos en el reparto del Nuevo Mundo, ni conformarse con la partición del mismo entre las dos naciones ibéricas, Portugal y España.

Las consecuencias no se harían esperar. Lutero aparece pronto con su rebeldía *Ayudado por los Principes*, y su solo nombre evoca todo el cisma de Occidente. La bibliografía de Lutero es impresionante por el número de obras y la cantidad de ediciones publicadas. La primera edición de sus 95 tesis contra las bulas apareció en 1517. En los inmediatos años siguientes surgen a la palestra, Melancton en 1521, Zwinglio en 1522, los anabaptistas en 1524, y Calvino en 1536. Por fin, en 1538 se decretó la excomunión de Enrique VIII, después de la separación de Roma de la Iglesia inglesa en 1531. Como se ve, la rebelión se ha extendido, y se vive en plena disputa teológica, que se transforma en lucha civil y en guerra abierta y declarada, cuyas cenizas no han sido aún completamente apagadas.

*

Volvamos a la Carta de Colón, para estudiar algunas de sus mas notables consecuencias, desde que circuló impresa y traducida del original castellano a otras lenguas. Durante casi diez años las prensas europeas permanecieron en silencio, acaso motivado por el poco interés que después de la primera sorpresa, despertaban las categóricas afirmaciones de D. Cristobal Colón, que decía haber arribado a las costas de Asia, lo que suponía una verdadera proeza marinera transatlántica, pero no era esa la novedad, que los pueblos ávidos de grandes noticias esperaban.

*

Hacia el año 1503 se produjo la explosión literaria del *Mundus Novus*. Título que anunciaba en las cortes de Europa, pero no en España, la existencia de un mundo nuevo. El *Mundus Novus* de Américo Vespucio se propagó mas aún que la Carta de Colón, y las ediciones se sucedieron ininterrumpidamente, así en latín como traducido a otras lenguas. Se cuentan mas de 50 impresiones aparecidas en el período de pocos años.

*

Para completar este proceso mental, faltaba representar en un mapa la imagen de lo que no pasaba de ser entonces, para la gente, una fantástica concepción geográfica, que exclusivamente tomaba realidad de las noticias sensacionales, que tan abundantemente circulaban, y que consagraba como verídicas, la por aquellos días acreditadísima *Imprenta*.

Este acontecimiento cartográfico de índole publicitario se produjo puntualmente cuando el público europeo necesitaba concretar en figura lo que era realmente aquel nuevo mundo que tan reiteradamente se le anunciaba. Y fue en el año 1507 cuando apareció en el Colegio Vosagense de Saint-Dié la obra titulada *Cosmographiae Introductio*, de la que también se cuentan numerosas ediciones contemporáneas, y en cuyas páginas inspiradas por el *Mundus Novus*, y las *Quatuor Americi Vespucci Navigationes*, se alegan las razones por las que se debe llamar *America* la *Quarta parte del Mundo* descubierta. Y como complemento del libro se procedió a la publicación del *Mapa* más sensacional y sorprendente de todos los tiempos, pues en sus líneas formales, y en las del globo publicado en la misma fecha, se inscribe la *supuesta* pero casi real representación terráquea del planeta, incluido el nuevo continente, al que por primera vez se le da el nombre de *America*, mucho antes de que se conociera experimentalmente el trazado de su verdadera configuración, pues como se sabe, Vasco Núñez de Balboa descubrió el Mar del Sur seis años después de que apareciera supuestamente configurado en el planisferio mural, y en el globo terráqueo, atribuidos a Waldseemüller.

Estas joyas cartográficas, de las que solo se conocen un ejemplar original del Mapa mural, y dos del pequeño globo, merecen ser proclamadas como el mejor argumento probatorio de la tesis que postula el reconocimiento del documento literario y cartográfico, no solo como exponente, sino también como agentes de futuros acontecimientos.

*

Importa mucho hacer notar, que el mapa mural de 1507 atribuido a Waldseemüller fue el modelo que sirvió a Ioannes de Stobnicza para copiar los dos mapitas que representan ambos hemisferios en la cabecera del mural de 1507, e incluirlos como mapas independientes en su obra "*Introductio in Claudii Ptholomei Cosmographiam...*", impresa en Cracovia el año 1512, y reproducida con variantes en 1519, en las que se incluyen párrafos completos de la "*Cosmographiae Introductio*" de Waldseemüller. Estos datos adquieren un relieve excepcional, si consideramos que por entonces actuaba Nicolás Copérni-

co en la Universidad de Cracovia, y es sabido, que por sus deberes profesionales tuvo ocasión de conocer ambos mapas del mundo, el de 1507, y el de Stobnicza de 1512, los que venían a demostrar con datos cartográficos supuestamente reales, que la forma de la Tierra era esférica. Y fue entonces cuando Copérnico se sintió iluminado por la idea, o mejor sería decir por la obsesión, de que si la Tierra era una *Bola*, necesariamente tenía que *rodar*.

Teoría con la que da comienzo el período de desarrollo de la ciencia y de la técnica modernas, que no aparecen en el siglo XVI como fenómeno aparte de los sucesos geográficos mundiales, sino que marcan el comienzo del complejo mecanismo integrador indispensable al desarrollo del género humano, después de haberse relacionado los pueblos por medio de los grandes descubrimientos transoceánicos.

La historia de la Ciencia cuenta con autores preclaros, que han sabido ordenar las observaciones, los cálculos y los experimentos, relacionándolos con puntualidad cronológica, y entre sí cada causa con su efecto. Hasta ahí todos estamos de acuerdo. Pero esos mismos historiadores, tan exigentes cuando hablan de la evolución y desarrollo de la ciencia moderna, cometen, en general, un olvido, que a nuestro juicio ha sido el causante principal de la confusión que actualmente reina en un ámbito, que tiene por gala considerarse a sí mismo *Exacto*.

Y es que no atinan con la misma precisión, cuando erigen sobre cimientos poco consistentes y válidos, la estructura de la nueva ciencia, sin tener en cuenta la roca viva donde se asienta. Porque comenzar con la obra de Copérnico sin tener en plena consideración la fuente donde éste se ha inspirado, ni los acontecimientos geográficos y cósmicos que desde poco antes de aquellos mismos días se venían produciendo, es faltar a la verdad resplandeciente de una revolución constructiva del mayor rigor científico y experimental, puesto que por primera vez se ponía de manifiesto la realidad física de la Tierra, y su verdadera función en el sistema planetario, que tuvo por inmediata consecuencia el alumbramiento de otras fuentes del conocimiento cósmico, que no tardarían en explorar mentes preclaras de aquella misma época.

Y lo grave es, que con esa insuficiencia o mutilación informativa se provoca una ruptura impropia en el curso de los hechos, de modo que no es posible reconocer con plenitud causal, la concatenación que existe entre ellos; rompimiento, que llega al intento de separar radicalmente el árbol de la ciencia de la fuente vital de la que procede, con lo que queremos decir, que la ciencia es subsidiaria de la Historia, como una de sus secciones más excelsas, y la Historia misma no es más que un instrumento (literario-cartográfico lo creemos)

de ascendencia espiritual, que ha servido para exaltar al hombre de su estado primitivo de inconsciencia a la plenitud civilizadora de su actual grandeza.

Hemos de insistir, por tanto, que la Historia es una, sustantiva e indivisible, y sus diferentes ramas pueden estudiarse con independencia unas de otras, pero sin desvincularlas jamás del tronco general del que toman vida y consistencia. Este sería uno de los mayores beneficios que nos aportaría la confección del Corpus Bibliográfico: la imposibilidad de silenciar o hurtar al conocimiento general las etapas históricas de mayor interés y trascendencia. Valiéndonos del similitud de un mapa, en el que no se puede omitir la existencia ni alterar el orden de las diversas regiones de la Tierra, así en el Corpus no sería posible ignorar los sucesos, según el orden y trascendencia que la Bibliografía no dejaría de poner de manifiesto.

*

Con la difusión de la *Carta de Colon* a partir del año 1493, y la aparición sensacional del *Mundus Novus*, y sobre todo, después de la publicación de los grandes mapas murales durante la primera década del siglo XVI, podríamos resumir que en los reinos centro-europeos se formó una conciencia histórica de tipo universalista, que las noticias sensacionales procedentes de Portugal y de España vendrían plenamente a confirmar. Señalamos a continuación algunos de los más notables acontecimientos. *El Oceano Pacifico. Su descubrimiento, navegación, y primera vuelta alrededor del mundo*. Desde que Vasco Núñez de Balboa descubrió el 25 de septiembre de 1513 el Mar del Sur, se sabía que las tierras del Nuevo Mundo estaban separadas de las pretendidas costas de Asia. Lo que más importaba entonces era descubrir algún estrecho que facilitara el paso de uno a otro Océano, y la comunicación entre los dos continentes. A Fernando de Magallanes cupo en suerte realizar esta proeza, basado principalmente, en un mapa que se conservaba en la Tesorería del Rey de Portugal, según se dice en la Crónica de Antonio Pigafetta, y de cuya posible configuración se han ocupado numerosos historiadores, hasta el punto de convertirse en un verdadero rompecabezas. Nosotros, también le hemos dedicado un estudio, que con el título de *¿Problema histórico resuelto? Se publicó recientemente en el Boletín de la Real Sociedad Geográfica en Madrid (Tomo CVII-Enero 1971)*, y en el que pretendemos demostrar, que el mapa citado por Pigafetta pudo ser el antecedente del Mapa mural atribuido a Martin Waldseemüller, cuyo verdadero autor o promotor posiblemente fue Martin Behaim, un personaje poco citado hasta la fecha, que no dudamos va a recobrar la fama que le corresponde por su intervención negativa, pero intensamente dramática, en los preliminares del descubrimiento de América.

Con la idea fija en la existencia del estrecho que lleva su nombre, Fernando de Magallanes triunfó sobre todos sus oponentes, al precio incluso de inflingir algún terrible castigo entre los mas influyentes personajes de la tripulación. Vencido el paso del estrecho, emprenden las tres naves restantes de las cinco que iniciaron la expedición, la que con justicia y razón se reconoce como la mas asombrosa hazaña marinera de todos los tiempos: la primera y penosísima travesía del Océano Pacífico. Importa mucho insistir en esta afirmación categórica: el Océano Pacífico, a pesar de la inmensa extensión que cubren sus aguas, era un mar absolutamente desconocido, en el sentido histórico que nosotros lo tratamos. Por tanto, cuando se dice que Nuñez de Balboa lo descubrió, se anuncia una verdad tan absoluta como cuando se afirma que Colón descubrió América, pues nadie antes de él tuvo noticia de su existencia histórica, ni en Europa, ni en ninguno de los grandes pueblos asiáticos (China, India y Japón), aunque justo será recordar la representación — supuesta, desde luego — que de un gran océano se hace en el mapa mural y en el pequeño globo de 1507, y no solo por la curiosidad de la precedencia, sino porque en esas joyas cartográficas se halla la base teórica de la existencia de un estrecho, que tanto influyó en el ánimo de Magallanes.

El hecho de su descubrimiento, denominación y navegación posterior son títulos suficientes para que España se considere vinculada para siempre a la historia del Mar del Sur ó Pacífico, como lo está todo el que da a luz algo que radicalmente se ignoraba.

La Historia reconocerá siempre a Fernando de Magallanes como al navegante que descubrió el tan buscado y necesitado estrecho que comunicara los dos océanos, y al que realizó la primera travesía histórica de la inmensa cuenca del Pacífico, descubrió las Filipinas, así como otros varios de sus archipiélagos. Todo éso, que es mucho, nadie se lo disputará jamás, porque el honor de su realización le pertenece. Ahora bien, al morir temerariamente antes de descubrir las islas de la Especiería, y en flagrante desobediencia de las Instrucciones del Rey, se decidió el destino de Sabastian de Elcano, al recaer finalmente sobre él la responsabilidad del salvar los grandes obstáculos que aun habia que superar para cubrir la distancia que media entre la isla de Tidore y España. La nave Victoria supo vencer todos los peligros que la acechaban hasta arribar a los puertos de Sanlucar y de Sevilla, donde pudo cantar el triunfo que suponía la *Primera Circumnavegación de la Tierra*.

Las noticias de la Primera navegación alrededor del mundo circularon casi inmediatamente en las cortes de Europa, difundidas por un opúsculo titulado “De Molvciis Insulis...”, que su autor Maximiliano Transylvano recogió directamente, según se dice, de labios del

propio Elcano. El texto de la relación de Transylvano se imprimió en Roma, Paris y Colonia los años 1523 y 1524. Después se reimprimió en otras ocasiones.

Pero el libro que positivamente dió a conocer en Europa el retorno de la nave Victoria y los resultados de la Expedición, fue el publicado por primera vez en Paris el año 1525, que es una versión al francés del texto de Pigafetta algo abreviado, tomado de un manuscrito italiano contemporáneo. De este precioso libro se conocen una media docena de ejemplares originales, y el que subastó en Nueva York en 1966 alcanzó la suma de cincuenta y seis mil dólares, que actualmente triplicaría sobradamente su valor. De este mismo ejemplar, que se conserva en la "William L. Clements Library" de la Universidad de Michigan (U.S.A.) se ha publicado una edición en perfecto facsimil, con la traducción en inglés, mapas y preliminares.

*

Antes de abordar el tema del descubrimiento y navegación del Pacífico, debíamos habernos referido a Portugal, que en verdad fue la nación, que con Enrique el Navegante organizó por primera vez la empresa de los descubrimientos geográficos de un modo oficial, o cuando menos con el apoyo de de sus primeras autoridades.

Sus esfuerzos se dirigieron principalmente a descubrir y explorar las costas ignoradas del continente africano, hasta arribar al océano Indico, donde realizó la inmensa tarea de incorporar a la Historia la legendaria India, la milenaria China, y Cipango, o sea el Japón. Ahora bien, sucedió, que por imperativo de la defensa de sus intereses nacionales, Portugal mantuvo un sigilo tan extremo, que solo hasta el año 1552 no apareció el primer tomo de la monumental obra, "*Asia de Joam de Barros / dos fechos que os Portugueses fize-/ram no descobrimento & / conquista dos ma-/res & terras do / Oriente*", en la que se da cuenta detallada de la acción de Portugal en Asia.

Apesar de la reserva casi impenetrable de los portugueses se filtraron algunas noticias acerca de los resultados logrados, que aparecieron en mapas, y en colecciones de viajes, tal la compilada por Alessandro Zorzi: "Paesi Nouamente trouati...", estampada en Venecia en 1507, que se tradujo en latin con el título: "Itinerarium Portugallensium & Lusitania in India..." (Milán, 1508). También España participó con la publicación de libros, que dieron a conocer los descubrimientos lusitanos en Asia. (Véase "La Huella de España en el Mundo", publicada por la "Revista Geográfica Española", Madrid 1971-1973).

*

Hemos recorrido un largo y ancho espacio de la Tierra, y vemos como en un período inferior a veinte años después de la aparición de la *Carta de Colon*, la Historia se ha universalizado, y no al modo, capricho, conveniencia, o arte de los historiadores tradicionales, sino según el orden impuesto por los libros, mapas y documentos, que por regla general preceden a los mismos hechos. El horizonte cartográfico se ha ensanchado asombrosamente, *pero aun quedaban por descubrir otras extensísimas regiones del planeta*. Pues si bien se tenían noticias muy completas del Continente americano, y de casi todas las islas menores del Pacífico, de la India, del Japón, y de China, apenas se sabía nada del *mundo* que existía mas allá de Polonia, o sea de *Rusia*. Y menos aun de las profundas estepas de allende los Urales, en la parte septentrional de Asia: la extensísima Siberia.

Y tampoco se conocía el vasto espacio denominado tradicionalmente *Terra Australis*, que fue descubierta *literalmente* por el capitán Pedro Fernández de Quirós, a la que impuso el nombre de *Australia*, con la i de Austria, en honor de la casa entonces reinante en España. Descubrimiento al que no podemos dedicar mayor atención ahora, que se revela como el mayor triunfo de la Bibliografía histórica, según hemos demostrado en la obra: "*Descubrimiento y Denominación de Australia*", recientemente publicada por la Dirección General de Relaciones Culturales (Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1973) a la que remitimos a cuantos se interesan por este multiseccular problema, que tuvo en jaque durante mucho tiempo a las Cortes europeas, y fue finalmente resuelto de la manera mas sorprendente y auténtica.

Proseguimos, pues, reservando el limitado espacio que nos resta, a tratar de:

RUSIA y su descubrimiento, que considerado como plena participación en la Historia, fue consecuencia directa del Descubrimiento de *AMERICA*.

Los antiguos tenían una idea muy vaga de lo que pudiera ser el norte de Asia. El descubrimiento, o si se prefiere, la exploración de la verdadera *terra incognita asiatica* ha sido obra de la nación rusa. Pero antes Rusia hubo de ser tambien dada a conocer. Primero por un libro, y poco después por la presencia en sus costas nórdicas de los navegantes ingleses y holandeses, precisamente como resultado de los grandes descubrimientos transatlánticos realizados por los españoles.

Puede afirmarse, que ese *mundo aparte* que entonces era *Rusia*, se conoció en Europa a mediados del siglo XVI (1549), gracias a un libro titulado: "*Rerum Moscovitarum comentarii*", cuyo autor, el ba-

rón Sigismundo de Herberstain Ne-yper y Guttenhag es un personaje poco nombrado entre nosotros, pero que en su tiempo gozó de merecida fama (1), por haber dado a conocer en Occidente a Moscovia= Rusia, el gran país cristiano que cuatro siglos más tarde había de figurar entre las mayores potencias del globo, y es clave irrecusable de la Historia.

Acabamos de decir que Rusia es un país cristiano, porque fundamentalmente lo es. Es cierto que el pueblo hermano en la fe vive en este siglo una convulsión de carácter social y económica que hace temblar sus más hondos cimientos espirituales. Pero Rusia no puede negar, y menos aun subvertir indefinidamente las esencias de su propia constitución natural e histórica, porque tampoco está en su poder hacerlo.

Rusia se debe inexorablemente a la circunstancia de su génesis espiritual, y a la de su estructura geopolítica, que la impelen al cumplimiento de su destino histórico, que se hace patente en nuestros días, al completar el cerco de los grandes imperios de Asia, iniciado desde la supuesta arribada de Colón en 1492 a las costas de la India, de Catayo (China), y de Cipango (Japón). Cerco que no yugula, sino que pretende convertir la reunificación geográfica lograda entonces, en el *Ser* único que han de formar los hombres, vinculados armónicamente en el seno de la *Unidad*, que no solo se hace posible ahora, sino además imperativa ante la inmediata empresa de acometer la conquista del espacio (ya positivamente iniciada), y difundir por el universo los beneficios inefables de la civilización cristiana.

Cuando se produjo el descubrimiento de América, una terrible invasión azotaba a Rusia desde hacía más de dos siglos y medio. Las hordas mongólicas procedentes del corazón de Asia, capitaneadas por Gengis Kan, hollaron las tierras eslavas el año 1224, y con el horror de su fiereza tuvieron brutalmente sojuzgado y sometido a un pueblo cristiano, que finalmente había de sacudir el yugo de tanta servidumbre — adviértase la coincidencia — algunos años después del Descubrimiento de América, cuando Ivan III (1462-1505) comenzó la liberación del dominio tártaro, e Ivan IV *El Terrible* (1533-1584) la consumaba con la conquista de Astrakan, y finalmente al penetrar en Siberia occidental, que algunos años más tarde quedaba totalmente incorporada al dominio ruso, cuando estos llegaban, en 1645, a las costas del Pacífico.

(1). — Véase Bibliografía extensa en el Apéndice B, de La HISTORIA Buenos Aires, 1967, páginas 228-231.

Indudablemente, la hora de la cristiandad había sonado, después de tantos siglos de desarrollo espiritual. En 1492 se descubre un hemisferio de la Tierra, que había de producir el dominio de gran parte del mundo, precisamente coincidiendo con la derrota de los moros en Granada, y la expulsión de su último bastión en España. Y simultáneamente comienza la liberación de Rusia. Los pueblos eslavos sacuden la opresión del yugo tártaro, y emprenden la marcha ininterrumpida hacia el lejano Oriente, penetrando en las profundas estepas de Asia, y conquistando para la Cristiandad la inmensísima Siberia.

En 1645 ya se hallaban instalados en el Pacífico, donde habían de fundar en 1860 la ciudad de Wladivostok (Dominadora de Oriente), que unida treinta años más tarde por el ferrocarril transiberiano al corazón de Rusia europea, fundiría con la metrópoli tan vistoso territorio, hasta entonces amorfo y desarticulado, en la verdadera unidad nacional, que en nuestros días y gracias a las comunicaciones inalámbricas, y a los servicios ultrarrápidos de la aviación, adquiere la simultaneidad de funciones orgánicas, que son propias de los cuerpos indivisibles.

Podíamos concluir resumiendo, que Rusia, en cumplimiento de un imperativo histórico ha completado el cerco que por el lado marítimo ya habían puesto los demás pueblos cristianos a la India, a la China y al Japón, las grandes y antiguas comunidades generadoras de otras civilizaciones excelentísimas, pero de distinto origen a la nuestra, y que en virtud del proceso histórico de unificación, también han sido integradas como otros tantos afluentes, en la incontenible corriente del caudaloso río, que nos arrastra a todos a ese gran mar que es la Humanidad, considerada ésta como tal ser orgánico indivisible y superior a todo lo creado, por cuanto está animada del espíritu vivificante que ha hecho posible la integración del género humano en la gran familia, que se *Apresta a supeditar al resto de la creación*, y se somete conscientemente al poder soberano de la Voluntad de Dios.

*

La Era de los grandes descubrimientos geográficos comenzada con el primer viaje transatlántico de Colón, quedaba cerrada con las novedades anunciadas en el Memorial de Quirós sobre el descubrimiento de Australia, del que apenas hemos tratado. Dos grandes Océanos — Atlántico y Pacífico —; un inmenso continente = América; las islas Filipinas; los grandes reinos de Asia = India, China y Japón =, la liberación de Rusia del yugo tártaro, y su avance hacia las costas del Pacífico, y la conquista de Siberia. Por último, el descubrimiento y denominación de Australia, el quinto y novísimo continente, como también se le llamaba.

He ahí el balance positivo que arroja el auténtico proceso de universalización de la Historia. La mayor aventura de la raza humana, que casi totalmente protagonizaron, justicia es reconocerlo, las dos naciones ibéricas hermanas: Portugal y principalmente España. No obstante, faltaba aún la integración de hombres y tierras en una Unidad superior por medio de la ciencia, de la técnica, de las artes y de las letras, y no tardaron en acudir a la empresa — *Digamoslo bien Alto* —, los otros grandes pueblos cristianos, que en incontenible superación, y todos en *franca pero fecunda* rivalidad han alumbrado el mundo mejor, que indudablemente es el que nosotros conocemos.

*

Aí lo revela, desde luego, la información que nos ofrece el *Corpus Bibliográfico*, al mostrarnos indefectiblemente el desarrollo del proceso histórico, señalándonos el origen y el curso de su corriente principal, que se acrecienta incesantemente con la suma de todos los demás afluentes que se van incorporando hasta concluir en la Unidad, indiferenciada ésta, por cuanto en ella no existe prioridad, ni término ni categorías, puesto que en la Unidad los miembros se identifican con el ser al que pertenecen, y su existencia particular trasciende a funciones de índole distinta, y posiblemente insospechada por los mismos autores que contribuyeron a formarla.

Este es, pues, el verdadero *Ser* y el sentido de la Historia: la *Unidad*. Forjada en un proceso que trasciende de la Literatura a la Vida de los hombres; que se inicia en el Monte Sinaí, y sigue su curso varias veces milenario, con su centro espiritual en el Gólgota, y la Epifanía natural del Descubrimiento de un Nuevo Mundo = América.

Ninguno entre los nacidos naturalmente de padre y madre pudo nunca suponer o imaginar, que con su ciencia, su poderío o su ingenio, crearía las bases constituyentes de la Unidad Orgánica, que actualmente se completa con la integración del género humano en un orden moral, que aspira aún a la síntesis armónica, de la totalidad de sus valores componentes.

*

Hemos llegado al final de este trabajo, y observamos lo lejos que nos hallamos ahora de aquel espectacular relato que nos ofrecen las páginas de la Historia Universal: la convencional, o sea la que todos conocemos, con las evocadoras y brillantísimas estampas que ilustraron al mundo durante siglos y milenios, a pesar de carecer del orden y el concierto, que la crítica y la razón exigen en nuestro tiempo, hasta el punto, que son muchos los historiadores, que confundidos llegan a

proclamar “*que la Historia no tiene sentido, ni la vida tampoco lo tiene*”. Fatal concepción nihilista, cuando nos acecha el peligro de las armas nucleares modernas.

*

La Historia tiene *Ser* propio, y asimismo el sentido y finalidad constructiva, que en el curso de este estudio creemos haber demostrado.

El investigador, después de haber cumplido con el imperativo de su deber, solo aguarda que tanta Verdad sea aprovechable y aprovechada por quienes cargan con la responsabilidad de conducir a los pueblos por el camino, no siempre cómodo del bien y del progreso.